

TORMENTA

RAP



KODAK TMY 6089

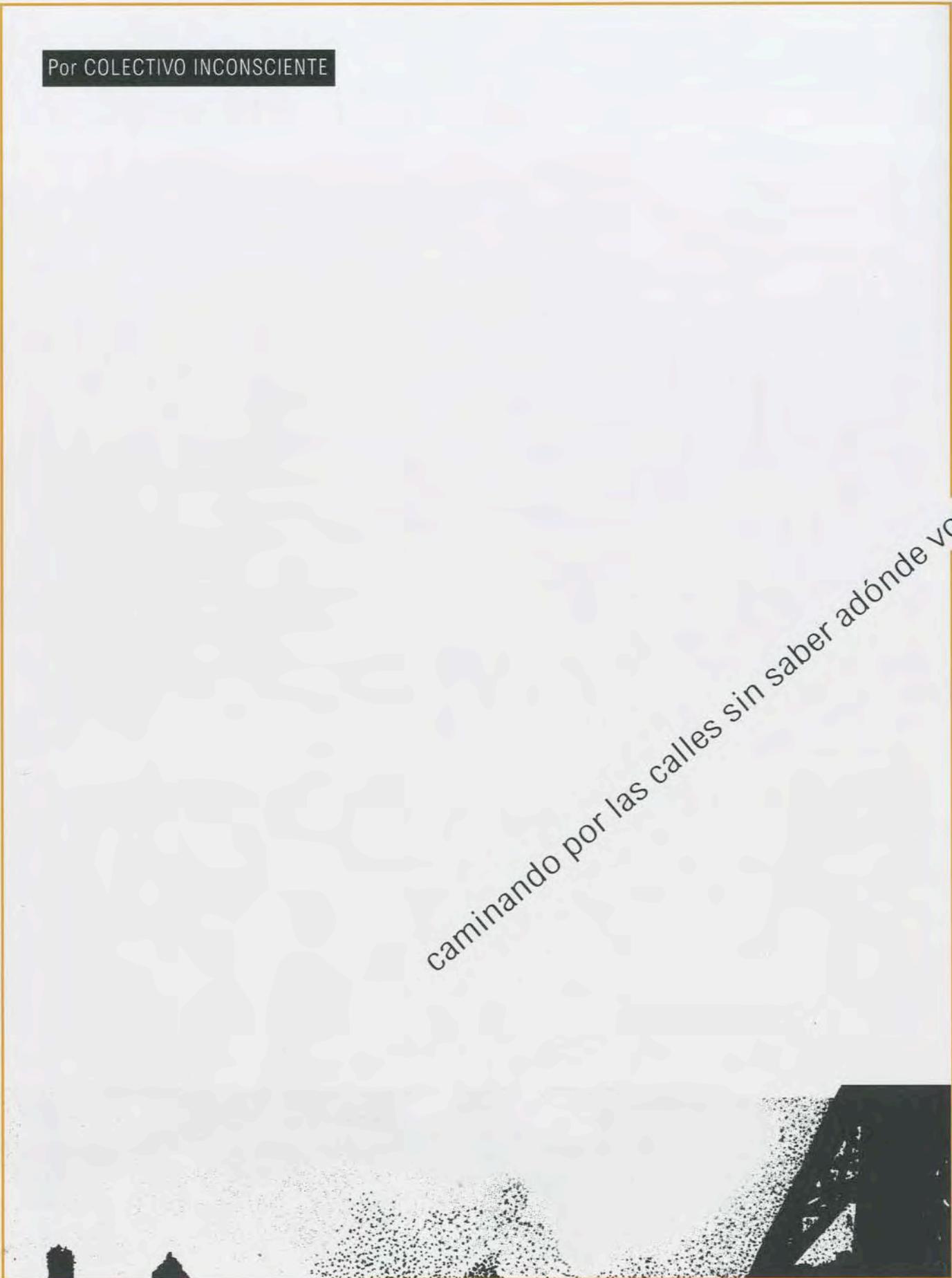
FOTOGRAFÍAS DE MARIA MARGARETH BONILLA



Nosotros somos José Saúl Ruiz, William Méndez, Giovanni Sánchez y Héctor Giovanni Villa. Nos conocimos porque somos familias reubicadas en el barrio Nuevo Combeima. Nos reubicaron por las crecientes del río Combeima que atraviesa Ibagué. Antes de la reubicación estudiábamos y dos de nosotros le sacábamos los tesoros al río: la arena y el balastro. Ahora nos dedicamos a lo que salga, pero honradamente... ¡Ah! Y al rap. Tenemos obras sobre la violencia, la paz, la “poli” que nos acosa mucho, las calles céntricas de Ibagué, el río. Queremos encarretar a la juventud de nuestra ciudad.

Por COLECTIVO INCONSCIENTE

caminando por las calles sin saber adónde voy...



La melodía proveniente de una vetusta grabadora que amplificaba un negocio de casetes piratas atendido por sus propietarios, recordaba al Señor C otros tiempos cuando era más difícil transitar por aquella calle, con sólo el dinero de una semana de no almorzar, montado en una película donde el traje de los extras —las corbatas de los oficinistas y los sastres de las secretarías— contrastaba con los olores de los mendigos y la estridencia de los equipos de sonido instalados en las casetas de música que a lado y lado del costado sur, entre la séptima y la décima, apaciguaban su apetito musical.

—“¿Está buscando ese disco de *Black Sabbath*? Pregúntele a Pedro, en la penúltima caseta de la derecha”.



Uno nunca sabe cuándo le hacen un favor o una cagada. Pedro no tenía ese acetato (todo comenzó con acetatos, primero de 78, luego de 45 y finalmente de 33 revoluciones; y todos y cada uno de estos con dos caras, dualidad mística olvidada por el compacto, de la cual se hablará mas adelante), pero sí tenía “In the Court of the Crimson King” en pasta americana con todo y letras y aquella canción del Hombre Esquizofrénico del Siglo XXI, muy apropiada para calmar su sed de emociones fuertes.

—“Tranquilo chino, yo le consigo el de *Black Sabbath*”.

En esa ocasión no sólo terminó en sus manos el de *King Crimson* sino también ese de *Emerson, Lake and Palmer* que era una odisea conseguir. De hecho, en aquellos días el rock sinfónico se prensaba en Venezuela, Perú, a veces hasta en Ecuador, pero no en Colombia; así que si no se contaba con la suerte de conocer a alguien, que viajara o si no se tenían las agallas de robarlo al mejor amigo del mejor amigo, se tomaba la decisión de ir a ese mercado informal sembrado en el sucio centro de la ciudad.

Tal peregrinaje estuvo a punto de desaparecer, y sin duda perdió parte de su encanto cuando las erradas concepciones del espacio público (lideradas en ese entonces por el alcalde Andrés Pastrana) dictaron la reubicación de los vendedores de discos de la Calle 19 porque era “intransitable”. El Señor C estaba presente cuando una mañana de domingo las volquetas de la Secretaría de Obras Públicas del Distrito arrancaron las casetas de lata y madera donde estaba depositada gran parte de la historia del rock que nunca fue oficial.

Gracias a que el espacio público debe ser de todos y al mismo tiempo de nadie, tal lugar de visita obligada cayó durante un tiempo en ese olvido que causa el desuso.

Pese a todo, con el transcurso de los años, al Señor C le fue posible conseguir algunos de los discos que el caprichoso destino cruzaba en su camino al oírlos en una fiesta subterránea, o al tomar nota de lo visto en una de esas películas musicales que hacían las veces de conciertos espontáneos

presentadas en teatros decadentes, la mayoría de las veces en funciones de media noche donde iban a parar los escasos pero fervorosos

seguidores locales del rock: un exótico conglomerado humano de peludos salidos de los diferentes puntos cardinales de la ciudad, veteranos



desdentados, jovencitos en busca de emociones fuertes (él era uno de ellos) y uno que otro espectador desorientado. La mayoría participaba activamente durante la proyección insultando o alabando a los personajes que desfilaban por la pantalla...

Sin saber cómo ni cuándo, nuestro personaje se encontró escarbando entre viejos discos en uno de esos antipáticos y claustrofóbicos locales de aquel centro comercial de la 19, y entonces se hicieron vívidos el olor de la dulzona marihuana, los aplausos y las lágrimas que

acompañaron aquella función de sábado por la tarde en el Teatro Americano cuando se imitaba con guitarras imaginarias los solos de Alvin Lee, o se abucheaba con



auténtica ira a Joan Baez y al Maharishi en su desafortunada intervención en Woodstock, rito que se repetía casi idénticamente como si cada exhibición fuese un concierto de verdad.

Suerte tercermundista que de vez en cuando se olvidaba cuando el espectador podía asistir a una presentación de verdad, con músicos e instrumentos de verdad; y aunque en las filas los atuendos eran aún más exagerados, al Señor C le parecía que siempre llegaban los mismos desconocidos. Sin

embargo, pudo más el
sino trágico que
ha hecho

que siempre se esté esperando que por fin reviente algo que pueda llamarse rock nacional, haciendo de estos encuentros algo cada vez más distante, y entonces esa euforia inicial se fue diluyendo lentamente como el humo verde que la propiciaba.

Grupos locales como *Columna de Fuego* o *La Banda Nueva* ya no estaban ahí. El poco público era caprichoso, los medios se interesaban más por lo que venía de afuera, dejando sólo una



posibilidad al iniciado: seguir consumiendo rock extranjero, mientras llegaba el llamado Boom del Rock en Español y con él, el testimonio de otro nacimiento espontáneo del rock criollo. Siempre empezamos de ceros, sin memoria, sin proceso, sólo una respuesta automática a lo que suena afuera, haciendo de nuestro rock el cometido de una tímida y discontinua sucesión de curiosos aventureros, empeñados en repetir los acordes, los peinados y las pintas de algún grupo extranjero sin dejar de sentirse ajenos. Desde los chicos del Club del Clan, todas nuestras nuevas olas parecen llegar a esa misma playa del olvido.

En la capital solo aparecieron dos grupos directamente vinculados a esta moda, *Hora Local* y *La Orquesta Sinfónica de Chapinero*, presagiando una nueva promesa para el establecimiento de una cultura joven más o menos masiva. Pero después de una invitación a los conciertos (la mayoría, de intérpretes extranjeros) de nuevo, una vuelta de revés. Luego del impulso —en cierta medida planificado como una pequeña plataforma de publicidad política en 1988— se prohíben dichos espectáculos por miedo a atentados terroristas y se restringe el uso de estadios únicamente para eventos deportivos gracias a ciertas acciones de tutela, saboteando la ilusión de quienes esperaban por fin hacer una presentación respetable en suelo patrio, ojalá al lado de su grupo extranjero favorito...

Sin embargo, la aridez de la década pasada originaría otro tipo

de manifestación más íntima, más agresiva y marginal, liderada por jóvenes habitantes de los barrios populares de las principales ciudades del país, dando voz propia a su descontento, a su ira, a su frustración a través del metal y del punk, en una escena alternativa más bien organizada que se haría evidente fuera de sí misma, gracias a dos vinilos fundamentales prensados casi al fin de los 80: la banda sonora de la película de Víctor Gaviria, *Rodrigo D.* y “La muerte: un compromiso de todos” de *La Pestilencia*.

—“¿Será por eso que la juventud de los 90 oscila entre el autismo, el odio y el total escepticismo?”— se pregunta el Señor C tratando de hacer equilibrio entre esta generación iconoclasta y la suya. Se imagina de nuevo en los 70 viendo cómo

llegaba a su fin ese espacio cargado de afectividad en torno a mil elementos de culto: carátulas, fotografías, recortes de prensa, películas, volantes, afiches... porque la carga religiosa del rock es innegable. Desde su nacimiento en los 50, le apareció competencia



a la cruz en la cabecera de la cama. ¿Acaso los “punquetos” no adoran a *Sid Vicious*? Nuevos mártires difundiendo nuevas acciones, nuevas palabras.

En el espacio profano la palabra es comunicación; pero en el espacio ritual es creación cuando es ésta la que invoca el comienzo y lo recrea como si cada vez fuese la primera y única vez (lo que pasaba con la proyección de Woodstock), y así, de coro en coro, se da forma a una oración, a un trance. Y la palabra que es canto es una con el tiempo sagrado que es circular, tanto como lo es el disco favorito que se escucha una y otra vez.

A lo mejor por eso la historia del rock parece repetirse. Sobre todo en esta época cuando los perros viejos vuelven a tocar, a reinterpretarse a sí mismos. Como si no hubiera más futuro: los *Sex Pistols* se parodian a sí mismos; los norteamericanos redescubren el funk y el disco; Kiss vuelve a maquillarse como si nadie los conociera todavía; hasta los *Beatles* sacan nuevos-viejos temas, de la misma manera en que los jóvenes británicos dan nueva vida al sonido de su invasión legendaria. Incluso los ritmos codificados en bits digitales que presagian el nuevo milenio no son otra cosa que la reelaboración sintética del toque fundamental más tribal, más antiguo.

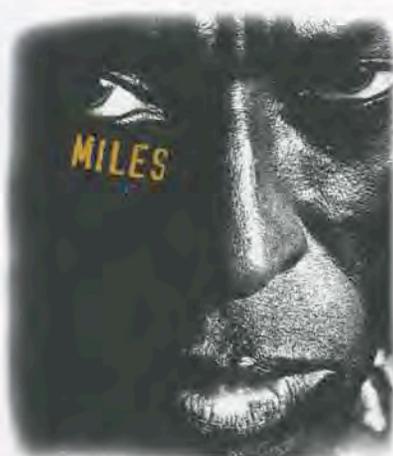
—“De nuevo el rock jugando a ser inmortal”— dice en voz baja el Señor C mientras da una ojeada a las nuevas ediciones remasterizadas en compact disc de los viejos



acetatos que con tanto trabajo consiguió años atrás. No envejece: se le diseca a semejanza de su anciano origen y se le reanima con la promesa de la eterna juventud. Ahora él se siente viejo, prehistórico, como uno de esos acetatos de desteñidas carátulas que guarda en su casa; pero presiente que así como cantan sus discos rayados – canto monótono y golpeado – así también es el origen de la música y su propio futuro: microciclo que hablan de la vida y de la muerte; el mundo en movimiento en busca de su estado, vaivén entre el bien y el mal; ritmo africano, canto del esclavo que no se decide entre vengar o perdonar, entre retar al dios que le impone tan trágico destino, aliándose con el diablo, o pedir consuelo y resignación.

El Señor C repasa de memoria lo aprendido sobre la música que se escuchará por todo el nuevo continente, pero que retumbará fuerte y amplificada en Norteamérica gracias a una irónica travesía: de los ritos paganos y los campos de cultivo a los templos protestantes y a los *juke-joints* de los tugurios de la metrópolis, gracias a la salud económica que apresurará la industrialización y la producción masiva de todo cuanto posea valor de compra. Del ragtime caprichoso y asincopado nacerá a comienzos de siglo el blues, hijo del vaudeville y de la tradición oral,

amantado por los novísimos estudios de grabación. Aparece así



toda la prole de la música moderna. Llámese rock'n'roll, punk, metal, hard rock, rap o hip-hop, cada uno de estos géneros viene del mismo origen ambivalen-



te y por eso son como el ying y el yang: se oponen y se complementan; son el resultado de un mestizaje dual entre lo triste y lo alegre, entre lo sagrado y lo profano, entre el tono mayor y el tono menor, entre lo blanco y lo negro.

Sin embargo, ¿quién no conoce a aquellos extremistas que le niegan al rock su carácter mestizo? Unos afirman que éste se debe únicamente a los negros; otros, en cambio, lo ven como el máximo producto de un mercado impulsado por y para una sociedad blanca dueña del capital de compra y de producción. Quienes

sostienen lo último no olvidan que una expresión negra como *rock'n'roll*, que hacía referencia al acto sexual, pasa de la jerga marginal a la historia universal gracias a un *disc-jockey* blanco necesitado de un nombre pegajoso y aparentemente inocente que apodara la nueva música que transmitía y que volvía locos a los jovencitos aburridos por la ciega estética de su nación de postguerra. Esta música no era otra que el viejo *rhythm'n'blues* censurado, ruidoso y profano que fue sometido a un rápido proceso de desteñido por la acción de exitosas

bandas blancas especializadas en *covers* semicensurados de esta *race music*; ellas fueron menos groseras y agresivas, y, por una estrategia de mercado, respetaron la estructura musical del tema original. (Qué curioso que cuarenta años después la música negra de la costa Atlántica colombiana penetre en el mercado joven gracias a una estrategia similar, adicionando además una pizca de rock, como por no dejar).

—“¿Qué tiene de *Repulsión?*”— pregunta un metalero, sacando a nuestro protagonista de sus cavilaciones. Mientras le observa con curiosidad, el Señor C siente una empatía que lo une a ese joven desconocido, al mismo tiempo que le parece inmensa la distancia entre los dos.

Automáticamente, el vendedor le muestra algo del material, advirtiéndole:

—“Esta música no es fácil de



conseguir, pero si no le gusta el precio puede pedirla por correo a un editor de un magazine subterráneo.”

—“Oiga, mientras me consigo el billete, ¿usted no me la puede grabar?”

El vendedor lo mira de reojo. ¿Quién diablos se cree este jovencito para pedir semejante favor? A lo mejor él no entiende que la música perdura en las grabaciones y las grabaciones perduran en las casas de los fanáticos que atesoran cada ejemplar que ha llegado a ellos. Por eso es criticable la óptica de los



distribuidores de música que no tienen en cuenta este tipo de mercado informal, en

donde la música no se compra una sola vez sino que pasa de mano en mano, perdurando en el tiempo,

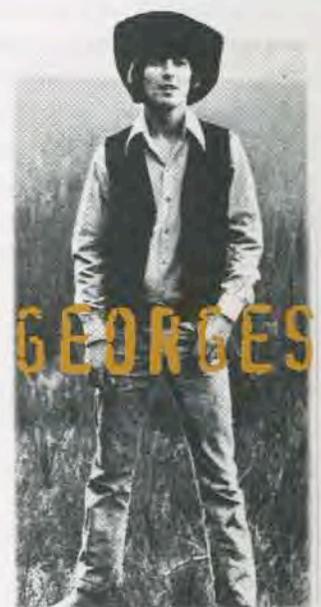
permitiendo que de alguna mágica manera puedas conseguir el acetato original de *Led Zepelin III* con la rueda psicodélica en la carátula frontal, o “Their Satanic Majesties request” con la foto 3d de los *Rolling Stones* disfrazados en la carátula.

Los acetatos, los vinilos, las pastas o los discos (como se les quiera llamar) han sido desplazados por las reglas del comercio formal ya que éste no comulga con los objetos que pasan de mano en mano, de generación en generación.

Nuestro viejo amigo no puede quitarle los ojos de encima al metalero adolescente. Le parece verse a sí mismo años atrás, cuando escuchaba por vez primera un disco de música moderna. Lo había comprado su primo. Era un disco de los *Beatles*. Para entonces, el grupo ya se había acabado pero

poco importaba. El no necesitaba saber nada del grupo, ni siquiera saber lo que estaban cantando. La barrera idiomática que crea el equívoco y puede ser obstáculo para comprender el contenido puntual de la canción rock, a

veces se vuelve una ventaja cuando el oyente que no entiende llena este vacío a partir de ciertos acuerdos como su título, su velocidad, su carácter, haciendo que una simple canción se vuelva plural, polivalente. Creemos que es la mejor canción del mundo porque somos nosotros quienes escribimos su letra. A lo mejor, por eso, de los discos que había en su casa, ése era su favorito: era “único”. Y en verdad pensaba que nadie más tenía ese acetato; ilusión que reforzaba su primo, quien se la pasaba diciendo lo sin igual que era su disco.



THE BEATLES

Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band



Finalmente descubrió que se engañaba. En primer lugar, ese disco era sólo una copia y su música de cierta forma también lo era: los *Beatles*, como los *Rolling Stones* o los *Kinks*, únicamente imitaban cierto tipo de música que a ellos les gustaba mucho.

Al Señor C le gustaba creer que así como él, Paul McCartney o Lennon o Jagger o Clapton, cualquiera de ellos, se sentaba en su casa a escuchar su disco preferido sin entender muy bien lo que, por ejemplo, Chuck Berry



estaba cantando, y que a su vez Berry se la pasaba oyendo

otro disco u otros discos de los cuales se copiaba...

Quizás la historia de la música no es sino una cadena de calcos a partir de un original que ya hemos perdido de vista. Si es así, el número de eslabones en este encadenamiento ha aumentado notoriamente debido a que este proceso de repetición se acelera y el número de referentes se multiplica (haciendo de la música de fines de milenio la amalgama más promiscua), gracias a la utilización de medios mecánicos de reproducción y medios masivos de difusión. La música que anteriormente llegaba al oyente por tradición oral es ahora difundida por un mercado vasto e inabarcable. Ya nunca podremos escuchar todos los discos que se imprimen día a día.

Llegado a este punto hay que preguntarse si la originalidad existe, si debe ser diferente nuestro rock al de los demás. El problema no está en copiarse o no, y la respuesta no debe estar en el calco perfecto. Todo lo contrario: los

mejores resultados se obtienen cuando la cosa queda mal hecha, cuando el nuevo intérprete carga su copia con sus errores, con sus mañas. Por eso se diferencia el rock and roll norteamericano de finales de los 50 del rock británico de los 60, y por eso debería diferenciarse el rock colombiano del rock de cualquier otro lado.

Pero volviendo a la escena: el metalero salía calladamente del almacén con las manos vacías. El Señor C recordó las veces que él mismo pidió una grabación pirata, intentando demostrar que se la merecía... Hay cosas que nunca cambian.

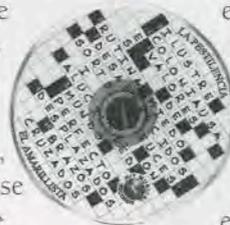
De cualquier manera, al metalero qué le iban a importar los acuerdos existentes desde siempre, si precisamente el metal está obligado a violar las viejas normas que defienden una tradición farisea y obsoleta. Le valía mierda la plata que se ponía en juego; le valía mierda el vendedor y todos los que se han "caspeado" el metal que antes que negocio debe ser canto, grito de guerra y oración blasfema, compartida por quienes han

decidido representar lo negativo para denunciar justamente ese moralismo positivista que es pura apariencia, que miente, que hiere, que asesina, que fracasa.

Indudablemente, el Señor C no era ajeno a estos sentimientos. El también fue un rebelde; él también se enfrentó a todo el mundo... Pero ya no, y por eso mismo no podía evitar, en ese momento, sentirse en el bando enemigo. Para aquel joven, él era parte de esos obesos jueces anquilosados que no sólo no le comprenden, sino que le condenan. El Señor C era la encarnación de su propia repulsión.

Se sabe que la mala costumbre es un vicio y que la buena costumbre es una virtud; y aunque se diga que "te hace sabio la virtud o el vicio", usted verá qué le va mejor. Pero, ojo, no olvide que lo que se vuelve habitual o acostumbrado se descuida. Por eso la mayoría de quienes escuchan rock asiduamente no se interesan ni en su por qué, ni en su cuándo, ni en su cómo. (Ojalá este escrito sirva para minimizar la frívola manipulación con la cual los medios patrocinan tal ignorancia). No nos engañemos: las emisoras del

dial comercial se aprovechan de la barrera idiomática, de la carencia de conceptos y de la nula ubicación del oyente dentro de un contexto político y social definido en cada etapa de la breve pero movida historia de la música moderna, para cumplir más fácilmente su misión: conservar al rock como producto. Gracias a este manejo, una canción insulsa se convierte en un himno, o un tema verdaderamente provocador resulta, a lo sumo, moda de una temporada.



Durante los 70 y los 80 el rock de la radio (incluyendo al rock en español) era presentado tácitamente como un producto importado y, por tanto, como algo fino, costoso. Por eso aquí, aunque lo escuche mucha gente, el rock carga con un sentido totalmente opuesto al que tiene en su país de origen, en donde es, digamos, vulgar, populachero. Resulta paradójico que la música del descontento resulte siendo el *jingle* del estilo de vida *made in USA*, como paradójico es que la generación de los 90 lo tenga servido en bandeja de plata (ya sea por la apertura económica, o por la parabólica o por el internet), sin herramientas para cuestionarlo o asimilarlo. (De hecho, todo pasa tan rápido en MTV, se nos llena de tanta información y en tan poco tiempo, que no podemos ver más allá de la superficie, porque no hay tiempo que perder, porque no se puede dejar escapar una sola imagen, porque hay que mirarlo todo, escucharlo todo, sentirlo todo, comprarlo todo).

El Señor C se encuentra ahora en la calle y siente náuseas. Le parece que aquello en lo que creía ha cedido o, mejor dicho, se ha vendido por nada: el rock ha muerto y él no hizo nada por evitarlo.

Pero, ¿por qué lo sigue escuchando? Es una maldición que aulla a través de la radio, en casas,



buses y oficinas. A lo mejor el rock es pura energía y por tanto no puede desaparecer, sólo se transforma. O a lo mejor al ser dado de baja se sublimó y ahora se encuentra en todos lados y en ninguno, como cuerpo glorioso y omnipresente.

Incluso acá en Colombia lo que antes era un espectáculo curioso se está convirtiendo en una constante vital que ya no puede pasar desapercibida.

La presente década se inaugura en Santafé de Bogotá con un pequeño circuito de bares donde se escucha el rock que no transmiten las emisoras, y donde se presentan dos

o tres grupos criollos que después resultarán prensando su música gracias al riesgo que corre la BMG interesada en iniciar un mercado alter-nativo. Las buenas noticias vuelan y a *La Derecha* (quienes graban además con el apoyo de una beca de Colcultura) le siguen *Aterciopelados* y *1280 Almas* iniciando una reacción en cadena que se hace notable en una serie de conciertos menores que tuvieron lugar en el Planetario Distrital, y el consiguiente evento cultural, el más significativo de los últimos años: *Rock al Parque*. A su segunda y más reciente convocatoria, en 1996, acudieron ciento ochenta y cinco bandas (!!!) que debían entregar un *demo* y una carpeta de presentación. Se escogieron cuarenta grupos participantes que alternaron con bandas fuera de concurso, tanto nativas como extranjeras. La mayoría de ellas, la verdad sea dicha, desaparece de la escena en el transcurso del año, quizás esperando que una disquera los descubra en el próximo *Rock al Parque*, si lo hay. Se contaron 10 bandas nacionales que fueron invitadas solo por tener un CD en el mercado, única condición en reconocimiento a tal esfuerzo o a semejante suerte. Las bandas extranjeras, por su parte, debían cubrir sus gastos de alojamiento y transporte a través de sus disqueras, caso de BMG.

A lo largo de tres días se

R



organizaron conciertos gratuitos en tres puntos cardinales: el Parque Simón Bolívar, la Media Torta y el Parque Olaya Herrera (cancha de fútbol de segunda división). Y aunque *Rock al Parque* era una convocatoria para grupos capitalinos, fue tal la respuesta fuera de Bogotá que no se descarta una serie de "regionales" que culmine en un gran evento nacional. Por ahora se sabe que más de cuarenta mil personas asistieron al cierre de este evento, que hubiera tenido una mayor divulgación con la ayuda de algún acontecimiento violento: porque la juventud sólo es noticia cuando es

objeto delincuencia. De lo contrario, los medios no se interesan.

Justo en este momento cuando todo es inmediato —los videos, el acceso a la música, los conciertos—, el rock colombiano sigue comunicándose porque nosotros no nos comunicamos... Como si las montañas bloquearan los sonidos, impidiendo la creación de una verdadera cultura interactiva que sirva de alivio a la precariedad de la vida en este país, punto final a nuestra búsqueda desesperada de

identidad, clave para consolidar un imaginario colectivo que nos exprese y nos pertenezca.

Pero todavía no nos constituimos en un estado nacional, hemos crecido como enclaves regionales dispersos e inconexos y el rock es también reflejo de esto. Mientras tanto ahí está él, jugando en los oídos de nuestra juventud. Quiere ser religión pero es sólo una moda. Quiere ser moda y se vuelve religión. Pretende ser universal y sólo lo es cuando lo malentendemos, cuando somos nosotros quienes lo desfiguramos, cargándolo con nuestra intimidad, con nuestra propia historia. †

CRIOLO



PABLO MORA